



y los hombres, y venir á ser promovida entre los árboles? Y dijeron los árboles á la higuera: Ven, y toma el reino sobre nosotros. La cual les respondió: ¿Y puedo yo dejar mi dulzura y mis frutos delicadísimos, é ir á ser promovida entre los otros árboles? Y dijeron los árboles á la vid: Ven, y manda sobre nosotros. La cual les respondió: ¿Puedo acaso dejar mi vino, que es la alegría de Dios y de los hombres, y ser promovida entre los otros árboles? Y dijeron todos los árboles á la zarza: Ven y manda sobre nosotros. La cual les respondió: Si de veras me estableceis por vuestro rey, venid y reposad bajo mi sombra; y si no quereis, salga fuego de la zarza y devore los cedros del Libano. Ahora pues, si justamente y sin pecado habeis establecido por vuestro rey á Abimelec, y os habeis portado bien con Jerobaal y con su casa, y habeis correspondido á los beneficios de aquel, que combatió por vosotros y expuso su propia vida á los peligros para librarnos de las manos del madianita, vosotros que os habeis levantado ahora contra la casa de mi padre, y habeis quitado la vida á sus hijos, setenta varones, sobre una misma piedra, y habeis establecido por rey de los habitantes de Sicheim á Abimelec, hijo de una esclava suya, porque es vuestro hermano; si os habeis, pues, portado con justicia y sin pecado con Jerobaal y con su casa, gozaos hoy con Abimelec, y él se goce con vosotros. Mas si habeis obrado perversamente, salga fuego de él, y devore á los habitadores de Sicheim, y de la ciudad de Mello salga fuego y devore á Abimelec (1).»

Hé aquí el más antiguo de los apólogos y quizá el más bello que se conoce. Semejante al olivo, Gedeon habia rehusado el poder supremo; Joatham daba á entender que sus hijos degollados, semejantes á la higuera y á la viña, tampoco hubieran aceptado este poder. La comparacion de Abimelec con la zarza, arbusto bajo y desgarrador, era más palpable. La continuacion hace ver cuánta verdad encerraba esta alegoría.

Reinó, pues, Abimelec tres años sobre Israel

(1) Jueces., cap. IX, v. 7-20.

(es decir, sobre la parte de Israel que quiso reconocerle por su príncipe). La sangre de sus hermanos estaba pidiendo venganza contra el fratricida y contra sus cómplices. Y envió el Señor un espíritu pésimo entre Abimelec y los moradores de Sicheim, los cuales comenzaron á detestarle, y á cargar la atrocidad de la muerte de los setenta hijos de Jerobaal y la efusion de su sangre sobre Abimelec su hermano, y sobre los otros principales de Sicheim que le habian ayudado. Y pusieron contra él celadas sobre lo alto de los montes, y esperando allí que volviera, cometian latrocinios, despojando á los pasajeros; y fué dado aviso de esto á Abimelec. Y vino Gaal, hijo de Obed, con sus hermanos, y pasó á Sicheim, á cuyo arribo, alentados los moradores de Sicheim, salieron á los campos talando las viñas y pisando las uvas; y formando danzas de cantores, entraron en el templo de su dios, y mientras comian y bebían maldecian á Abimelec, diciendo á voces Gaal, hijo de Obed: «¿Quién es Abimelec y qué ciudad es Sicheim para que nos sujetemos á él? ¿Por ventura no es hijo de Jerobaal, y ha destinado á Zebul, su siervo, por príncipe sobre los de la casa de Emor, padre de Sicheim? ¿Por qué, pues, seremos sus siervos? ¡Ojalá que alguno me diera el mando de este pueblo, para quitar de en medio á Abimelec (1).»

Y fué dicho á Abimelec: «Junta un ejército numeroso y ven, porque Zebul, que era gobernador de la ciudad, habiendo oido las razones de Gaal, hijo de Obed, ha llegado á Sicheim con sus hermanos, y anda por levantar la ciudad contra tí. Y así, sal por la noche con la gente que está contigo, y estáte escondido en el campo. Y muy de mañana, al salir el sol, déjate caer sobre la ciudad, y cuando él salga contra tí con su gente, haz con él lo que pudieres.» Levantóse, pues, Abimelec de noche con todo su ejército, y puso celadas en cuatro lugares junto á Sicheim. Y salió Gaal, hijo de Obed, é hizo alto á la entrada de la puerta de la ciudad. Y salió Abimelec del lugar de la celada con todo su ejército. Y cuando vió Gaal á aquella gente, dijo á Zebul: «Mira qué mul-

(1) Jueces, 9, 22-29.



titud descende de los montes.» Zebul le respondió: «Lo que ves son las sombras de los montes, que te representan cabezas de hombres, y esto es tu engaño.» Mas Gaal le replicó: «Mira qué de gente descende de en medio de la tierra, y un escuadron que viene por el camino, que mira la encina.» Al cual respondió Zebul: «¿Dónde está ahora aquella tu osadía con que decias: ¿Quién es Abimelec para que nos sujetemos á él? ¿No es este aquel pueblo que despreciabas? Sal y combate contra él.» Salió, pues, Gaal á la vista del pueblo de los sicheimitas, y peleó contra Abimelec, el cual le persiguió, haciéndolo huir, y le obligó á meterse en la ciudad; y perecieron muchos de los suyos hasta la puerta de la ciudad. Y Abimelec se detuvo en Ruma; mas Zebul echó de la ciudad á Gaal y á sus compañeros, y no permitió que morasen en ella. Y al dia siguiente salió el pueblo al campo. De lo que, habiéndosele dado aviso á Abimelec, tomó su ejército y lo dividió en tres cuerpos, poniendo celadas en los campos. Y viendo que el pueblo salia de la ciudad, se levantó y se echó sobre ellos con su escuadron, combatiendo y sitiando á la ciudad; entre tanto, los otros dos cuerpos de su ejército perseguían á los contrarios, dispersos por el campo.

Y Abimelec estuvo combatiendo todo aquel dia la ciudad, la cual tomó; y pasando á cuchillo á sus moradores, la destruyó de manera que la sembró de sal.

Cuando oyeron esto los que habitaban en la torre de Sicheim, entraron en el templo de su dios Berich, en donde habian hecho alianza con él, y de ello habia tomado el nombre aquel lugar, que era muy fuerte. Abimelec, oyendo tambien que los de la torre de Sicheim estaban allí todos reunidos, subió al monte de Selmon con toda su gente, y tomando una segur, cortó una rama de un árbol, y llevándola cargada sobre sus hombros, dijo á los compañeros: «Haced prontamente lo que me veis hacer.» Ellos, pues, cortando á porfia ramas de árboles, seguían al general.

Y cercando la fortaleza, pusieron fuego; y de esa manera, con el humo y con el fuego fueron muertas mil personas, tanto hombres co-

mo mujeres, que habitaban en la torre de Sicheim (1). El fuego salia de la zarza.

Y Abimelec partiendo de allí, pasó á la ciudad de Thebes, la que sitió con su ejército.

Y habia una torre alta en medio de la ciudad, adonde se habian acogido hombres y mujeres, y todos los principales de la ciudad, cerrada la puerta con toda seguridad, y estando sobre el techo de la torre para defenderse. Y llegándose Abimelec al pié de la torre, la combatia valerosamente, y acercándose á la puerta, intentaba pegarle fuego. Cuando hé aquí que una mujer, arrojando desde arriba un pedazo de una muela de molino, dió en la cabeza á Abimelec y le rompió el cerebro. El cual llamó prontamente á su escudero, y le dijo: «Saca tu espada y mátame, porque no se diga que he sido muerto por una mujer.» El escudero, haciendo lo que le mandaba, le mató. Y muerto que fué, todos los de Israel que estaban con él se volvieron á sus casas. Y el Señor dió el pago á Abimelec del mal que habia hecho contra su padre, quitando la vida á setenta hermanos suyos. Y así tambien pagaron los sicheimitas el mal que habian hecho, y vino sobre ellos la maldicion de Joatham, hijo de Jerobaal (2).

Después de Abimelec fué caudillo de Israel Thola, hijo de Fua, tio paterno de Abimelec (ó hijo de Dodo, si se toma la palabra en un sentido propio y no comun, como le toma la *Vulgata*), varon de Issachar, que habitó en Samir, sobre el monte de Efraim. Pregúntase cómo Fua y Abimelec podían ser primos, siendo de dos tribus diferentes. Desde luego, si se traduce el hebreo como nosotros hemos hecho, á la manera que otros muchos, la dificultad desaparece. La *Vulgata* y la traduccion de los Setenta observan con razon que estaba prohibido el casarse los de una tribu con los de otra, á fin de evitar la confusion en las posesiones. Pero cuando una jóven ó viuda no era heredera, podia sin inconveniente casarse con un hombre de otra tribu. El padre de Fua y de Gedeon podían ser, pues, hermanos nacidos de una misma madre, pero de padres diferentes, uno de Isachar y el

(1) Jueces, 9, 30-49.

(2) Jueces, cap. IX, v. 22-57.



otro de Manassés. Lo que da lugar á creer que esto sucedía realmente, es que Thola vivía en Samir, en la montaña de Efraim, posesion de las tribus de Efraim y de Manassés. Todo lo que la Escritura dice de Thola se reduce á darnos á conocer que fué juez de Israel veintitres años, y que murió y fué sepultado en Samir. Tampoco nos dice más de Jaír de Galaad, sino que fué juez despues de él por espacio de veintidos años; que tenía treinta hijos que cabalgaban en treinta pollinos de asnas, y que tenían treinta ciudades llamadas Havoth-Jaír, ó ciudades de Jaír (1). Parece, segun esta observacion, que en el país de Canaan la costumbre de viajar á caballo estaba limitada á los principales personajes.

Como la Escritura nos dice tan poco de estos dos jefes de Israel, parece como que no llamarían la atencion. Lo que sí será, que la historia de los antiguos guerreros y caudillos en tiempo de paz no tiene grande importancia; pero esto mismo debe hacernos admirar el gobierno de Thola y de Jaír. Hoy, que tanto se habla de constituciones sociales, de formas de gobierno, de leyes del Estado, de poderes políticos, de asambleas legislativas, de ministros responsables y de tantas clases de administracion, vemos en aquellos dos hombres que gobernaron sucesivamente un mismo país, el uno por espacio de veintitres años y el otro veintidos, de tal suerte, que nunca hubo un grave desorden en el interior, ni guerras en el exterior, y eso que el país estaba rodeado de enemigos naturales é irreconciliables, y que en el interior todos gozaban de la más perfecta libertad. Estos hombres podrian pasar por prodigios, y su gobierno por el mejor de los gobiernos. Lo que hoy en vano se buscaría, Thola y Jaír lo realizaron. Durante su judicatura, Israel gozó de una paz no interrumpida por espacio de cuarenta y cinco años: paz en el interior, paz en el exterior, paz con Dios y paz con los hombres. Además, si nos remontamos sobre los tres años del reinado de Abimelec, en cuya época hubo desórdenes parciales de aquella duracion, nos encontramos en un período de paz de cuarenta años despues de la

(1) Jueces, c. X, v. 2-4.

la victoria de Gedeon. De suerte que prescindiendo de los desórdenes parciales á que ya nos hemos referido, tenemos casi tocándose un período de ochenta años de paz y de ventura, durante el cual todos cultivan tranquilamente su posesion, siéntase sin temor bajo su higuera ó bajo su parra, y hace libremente todo lo que le parece bueno. A las puertas de las ciudades, mientras que la juventud se divierte con las armas, los ancianos arreglan las pocas diferencias que entre ellos se suscitan. Y estos jueces, como igualmente el que tiene el gobierno general, no reciben ningun salario, y viven sin ostentacion en su posesion paternal. La agricultura, alimento de los pueblos, obrera de los guerreros fieles, ocupa á todos los brazos. Pero las fiestas de piedad vienen á servir de reposo al trabajo. Cada siete dias todo el mundo descansa para honrar é imitar al Creador del universo; cada siete veces siete años, libertad universal; el desgraciado que se habia visto obligado á vender su posesion ó su libertad, entra á disfrutar á la vez de una y de otra. Tres veces al año los padres de familia y los jóvenes iban á Silo, ante la presencia de su monarca, para allí celebrar sus beneficios, y á interpretar su ley, y á arreglar la fraternidad nacional bajo la direccion del gran sacerdote. ¿Dónde hallar un gobierno semejante? ¿dónde encontrar una tan duradera paz, ya se trate de la antigüedad, ó ya de los tiempos modernos? Pero lo mismo que cualquiera otro hombre, el pueblo escogido es carne y espíritu que pasa y no vuelve (1). Una larga prosperidad le corrompe; tiene necesidad de experimentar el mal para que vuelva al bien perdido.

Al calor de estos ochenta años de paz, los hijos de Israel volvieron á pecar delante del Señor, sirviendo á los baales y á Astaroth, y á los dioses de Siria, y de Sidon, y de Moab, y de los hijos de Ammion, y de los filisteos; y dejaron al Señor y no le dieron culto. Y el Señor, airado contra ellos, les entregó en manos de los filisteos y de los hijos de Ammion. Y fueron afligidos y oprimidos réciamente por diez y ocho años todos los que habitaban de la

(1) Salmo 77, v. 39.



otra parte del Jordan en el territorio de los amorreos, que está en Galaad; tanto, que los hijos de Ammon, pasando el Jordan, desolaban las tribus de Judá, y de Benjamin y de Efraim; y se vió Israel en una extrema afliccion. Y clamando al Señor, dijeron: «Contra tí hemos pecado, porque hemos dejado al Señor Dios nuestro y servido á los baales.» A los cuales dijo el Señor: «¿Pues no os oprimieron los egipcios y los amorreos, y los hijos de Ammon y los filisteos, y tambien los sidonios, y los amalecitas, y los cananeos, y clamásteis á mí y os libré de sus manos? Y con todo esto me habeis dejado y habeis dado culto á dioses ajenos; por esto no os libraré ya más en adelante; id y clamad á los dioses que os habeis escogido; ellos os libren en el tiempo de la angustia.» Y respondieron al Señor los hijos de Israel: «Hemos pecado: haz tú de nosotros lo que te agradare, solamente que ahora nos libres.» Y diciendo es-

tas cosas echaron fuera de sus términos todos los ídolos de los dioses ajenos, y sirvieron al Señor Dios, el cual se dolió de sus miserias (1).

¿Quién no amaría á un Dios tan bueno? ¿Pero quién no amaría tambien algo á un pueblo que dirige tan preciosa plegaria á su Dios? «¡Hemos pecado, haz de nosotros lo que os plazca; solamente libranos de la opresion de los hombres!» Y los hijos de Ammon, con algazara, sentaron las tiendas en Galaad, y habiéndose congregado los hijos de Israel para ir contra ellos, acamparon en Masfa. Y los príncipes de Galaad se dijeron el uno al otro: «El que primero de nosotros comenzare el combate contra los hijos de Ammon, será caudillo del pueblo de Galaad (2).»

(1) Jueces, c. X, v. 6-16.

(2) Ibid., c. X, v. 17-18.